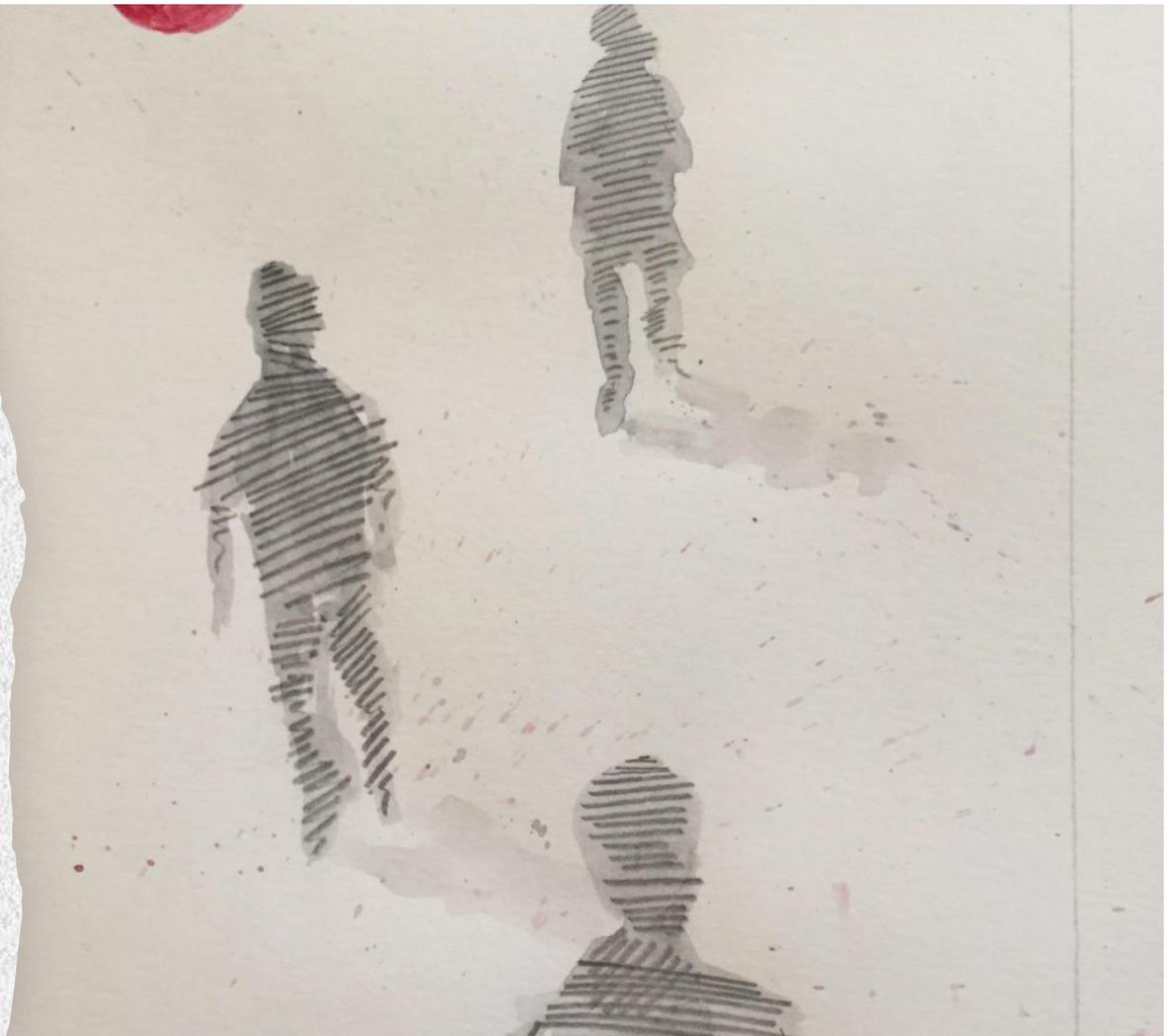


T L
A I
L T
L E
E R
R A
T
D U
E R
A

III MEDIOS 2021



**Asunción + Ignacia + Gracia G. + Adriana + Trinidad + Gracia L. + Catalina + Bernardita +
Martina + Isabella + Amalia**

Electivo Taller de Literatura 2021:

Asunción Bilbao Bagnara.

Ignacia Gamboa Segovia.

Gracia González Covarrubias.

Adriana Gorosabel Ossandón.

Trinidad Lema Mujica.

Gracia López Fuster.

Catalina Novoa Azagra.

Bernardita Quevedo Egaña.

Martina Quezada Cortés.

Isabella Simonetti Lobo.

Amalia Suárez Castro.

Profesora Electivo: Priscilla
Armstrong R.

Ilustración de portada: Isabella
Simonetti.

Ilustración mitad de páginas: Trinidad
Lema.

**La divulgación de esta revista literaria
está dirigida a las alumnas del Ciclo
Superior (comprendiendo los cursos de
II, III y IV medio), además de los
profesores y apoderados del Colegio
Sagrado Corazón de Apoquindo.**



PRESENTACIÓN

Estimado Lector:

Nos gustaría precisar, en primer lugar, que los textos que reúne esta pequeña revista son resultado de un año de trabajo, motivación y esfuerzo, de cada una de las alumnas que se atrevieron a expresar sus sueños, miedos, dudas, interrogantes y tantos otros sentimientos que nacen en el corazón de un artista al plasmarlos en obra viva.

Por otro lado, todas las narraciones que leerán se enmarcan en nuestros ejercicios de clases, inspirados en diversos autores, corrientes literarias y temas, como lo son la literatura fantástica, lo ominoso y macabro, la realidad ficcionada, caja china, etc., por lo que no existe una única interpretación de ellos, pues este ejercicio escapa de la lógica y muchas veces se adhiere a nuestros propios prejuicios, estereotipos o vivencias.

Finalmente, la invitación es a leerlos dentro de un contexto de exploración literaria y experimentación narrativa, en la que cada una de las integrantes de este taller ha podido encontrarse con su propio “ser escritor” y de esta forma sacar fuera también, todo lo que ha significado la vida post pandemia y el mundo emocional que mantenemos oculto junto a impulsos latentes, poco racionales e inconscientes.

Invitamos a las alumnas del Ciclo Superior, profesores y papás, a dialogar en base a estos textos y a disfrutarlos y valorarlos en su unicidad y fuerza, tanto expresiva como estética.

Priscilla Armstrong R., profesora Taller de Literatura de III Medio.
Valentina Galecio M., Coordinadora Departamento de Lenguaje.

Flores

“¿Cómo puede siempre pasar lo mismo?”

Escuché cuando iba a comprar. Siempre paso al lado de esta florería y he escuchado un par de veces a este señor decir frases como esa. Busca lavandas pero nunca hay, siempre se acaban antes de que él llegue.

Esto lo sé porque una tarde le pregunté qué flores buscaba, y me empezó a contar de su familia y trabajo; cómo nunca podía terminar la jornada a tiempo para llegar antes del atardecer a su casa, y que desde que fue el cumpleaños de su señora y no pudo llegar a una hora prudente, había tratado todos los días de comprarle sus flores favoritas para al menos no llegar con las manos vacías. Pero aún así nunca llegaba a tiempo a nada.

Yo le dije que tratara de llevarle otro tipo de flor, todas son bonitas de alguna forma. Me miró poco convencido y eligió las primeras que vio. Unas flores rosadas, que se desteñían en las puntas, como si se les derritiera el color. Eran las mismas que recibí por mucho tiempo, tanto que memoricé cómo se sentían los pétalos entre mis dedos. Había un joven que se sentaba en el local frente a mi oficina, solo pedía un café que nunca tomaba, y sacaba unos papeles. Se veía como corrigiendo algo, escritos a mano, los leía y releía y rayaba toda la hoja como si los estuviera reescribiendo ahí mismo. Se le notaba algo intranquilo, pero definitivamente disfrutaba de su tiempo ahí, porque después de más o menos una hora ordenaba sus

cosas y salía con una expresión frustrada pero alegre. Y siempre volvía.

Una mañana me mandaron a comprar café para una reunión, me dijeron que fuera al local de enfrente ya que era el más cercano. Eran alrededor de las nueve de la mañana y el Café por alguna razón estaba más lleno de lo normal. Mientras esperaba en la fila mi paciencia se agotaba y no podía parar de pensar en qué pasaría si me terminaba demorando más de veinte minutos ¿Qué iban a pensar de mí? No podía ser que llevase una semana en mi primer trabajo en años de no encontrar nada, siendo asistente de una oficina pequeña y ya empezara a fallar en las tareas más simples, como siempre lo hago.

En el colegio me acuerdo que nunca me preocupé de la universidad o futuro, solo hacía el mínimo esfuerzo y mantenía un promedio aceptable, pero sabiendo que podía hacer mucho más que eso. Sin notarlo, llegó cuarto medio y no tenía idea qué quería hacer con mi vida; supuse que encontraría algo práctico y agradable, que me permitiera vivir tranquilo. Pero la cosa era más complicada de lo que parecía y terminé eligiendo Biología. Pensé que el hecho de que me fuera bien en esa materia era equivalente a que me gustara, pero la carrera no era como lo esperaba y al final me cambié a Publicidad. Me costó mucho encontrar trabajo y no fue hasta que hice unos cursos de

Marketing que se abrió un poco más el campo laboral. Fueron cinco años de arrepentirme de muchas cosas, más de las que no hice que de las que sí y ahora no estaba dispuesto a volver a eso por una fila en un Café.

En mi desesperación y entendimiento de que nada de lo que hiciera podría hacer que la fila avanzara más rápido, traté de distraerme con la gente, mirando a todos los clientes en las mesas, hasta que mis ojos llegaron a los de afuera, donde vi a ese joven que reconocí al ver cómo agresivamente escribía en esos papeles, con su café ya frío en una esquina de la mesa. Detuve mi mirada en él y me olvidé de mi impaciencia, mi mente se fue en la imagen frente a mi, en este joven de pelo café medio largo, una camisa suelta con unos blue jeans. Se rascaba la cabeza con el lápiz, se veía muy concentrado y al mismo tiempo fácil de distraer, por momentos miraba para arriba, cerraba los ojos y volvía a escribir. Entre esto alguien me tocó el hombro, y me giré para encontrar un espacio de unos dos metros entre mí y la ausencia de fila, rápidamente avance avergonzado y pedí los cuatro cafés.

Saliendo miré de nuevo al muchacho, y para mi sorpresa él ya me estaba mirando. Me quedé inmóvil sin despegar la mirada de sus ojos café claros. Fue mi momento para ver su cara con más detalle, se veía delicada pero no frágil, tenía una expresión que se oponía a sus facciones. Al cabo de unos segundos le sonreí levemente y retomé mi camino a la oficina. Recordando la ansiedad previa y acelerando el paso, antes de pasar por la

puerta, a tan solo metros de la sala de reuniones alguien me tocó el brazo. Me giré agitado, pero me topé con esos ojos de nuevo, esta vez de cerca, frente a mi, ofreciéndome una flor rosada, con las puntas desteñidas, como si se le derritiera el color.

“Gracias” dije, después de recibirla lentamente, habiendo olvidado por completo la razón de mi apuro. El joven solo me sonrió, dio media vuelta y empezó a caminar con sus papeles en la mano, y detrás de él la mesa en donde yacía su café frío.

Al día siguiente, cuando lo observé a la misma hora desde mi escritorio, antes de irse, entró a la oficina y salió inmediatamente. Seguí con mi día, pero cuando la jornada se acabó, encontré una flor en una mesita de la recepción, la misma flor desteñida y suave del día anterior.

Con el paso de los días me acostumbré a este regalo y lo esperaba con emoción al salir; casi siempre encontraba este detalle en alguna parte del lobby. Esto duró varias semanas, hasta que un día como cualquier otro encontré la flor, pero esta vez sobre un papel.

Después de ese día nunca más vi al joven, lo único que quedó conmigo fue una caja llena de flores secas y un cuento de una plana. Trataba de los sueños, específicamente de un sueño recurrente. Era breve pero cautivador, al leer me caía entre las palabras y me hacía recordar cosas al azar. El cuento lo leí muchas veces, hasta que el sentimiento se transformó y revivió tanto que me cansé y lo guardé junto a las flores.

El cuento traía una teoría, al respecto de que no existen las pesadillas, que las cosas malas no pasan en los sueños, sueños de vidas tranquilas y largas, con varios recuerdos. Un mismo sueño recurrente, pasando al mismo tiempo, donde la gente es amigable y las cosas calzan.

Siempre pasaba frente a la misma florería, sin poner mucha atención, pero desde que hablé con ese señor recordé ese cuento, y esa caja que aún tenía en alguna parte. Con esto también recordé las plantas que tengo en mi ventana y decidí sacar algunas ramitas antes de salir a comprar esa tarde.

Llegando al supermercado vi nuevamente al señor, visiblemente cansado y buscando las lavandas con una expresión ya triste. Caminé hacia él y le ofrecí un pequeño ramo envuelto en papel craft. Al recibirlo se le iluminó la cara y me agradeció varias veces antes de salir casi corriendo camino a su casa.

Ese cuento me recordó que siempre he tenido lavandas en mi ventana.

Bernardita Quevedo



Sumergir

Desperté sintiéndome un poco distinta, tal vez por el clima, pues, a pesar de ser verano, corrían frías brisas y el cielo, decorado con suaves nubes blancas, era ligeramente gris. Me levanté de mi cama y fui al baño para lavarme la cara, pero al verme en el espejo no parecía reconocermme; eran mis facciones, mi pelo, mis ojos, mi nariz, pero parecían estar en otra persona, cómo si yo fuera el doble de alguien más.

Pasaba el tiempo y no podía dejar de contemplar a la extraña que me devolvía la mirada a través del espejo, esta sensación me llenaba de una profunda ansiedad, por lo que cerré los ojos y de esa forma caminé hasta la cocina tratando de no tropezarme. Preparé mi café esforzándome por no pensar en lo ocurrido, pero el estático sonido del ambiente no hacía más que alimentar mis dudas y confusión.

Tomé lentamente mi café mientras miraba alrededor de mi casa, intentando convencerme de que lo que veía era real, una mesa de verdad, una silla de verdad, un sillón de verdad, una ventana de verdad. Pero todo eso parecía mentira, era imposible creer que lo que estaba viendo era efectivamente mi casa y no una réplica de esta.

Me duché rápidamente y fui a dar un paseo cerca de un lago al que solía ir cuando era pequeña, esto, con la esperanza de poder volver a sentirme como una persona. Al llegar, me acerqué lentamente al cuerpo de agua en el que podía ver mi reflejo, pero ya no se veía distorsionado como antes: era mi cara, esa era yo. Atravesé el agua con mi mano y sentí que estaba tibia

- como lo estaría en un caluroso día de verano- fue imposible controlar el impulso de nadar en él. Mientras más me acercaba más real me sentía. Me sumergí completamente, dejando que mi cuerpo y mi conciencia fueran parte de él. De la misma forma, el lago era ahora parte de mí, pues podía sentirlo en mis pulmones. Me relajé y dejé que el agua se apoderara de mí, transformándome en alguien que solía existir.

Adriana Gorosabel



Patriarcado

Una aclamada serie que en su temporada uno, dos y tres, nos deja claro que sus actores principales son dos: en primer lugar tenemos a hombres de siglos pasados, que por el simple hecho de serlo y tener una anatomía algo diferente a la de las mujeres, las oprimían pues tenían mayor autoridad, mayores derechos, cargos políticos, se creían más fuertes y los más valientes. Estaban dispuestos a salvar a la princesa en problemas. Básicamente, por creerse superiores en todo ámbito.

En segundo plano, tenemos a las mujeres que, en el transcurso de las primeras temporadas, no tienen derechos y solo un deber: estar calladas y obedecer. De hecho, la única palabra que se les permitía decir era “sí”, “sí”, “sí”, sí a todo. Pero, y aquí un spoiler, las mujeres de la nueva temporada (la cuarta), se aburririeron. Estaban furiosas y ahora eran más, muchas más mujeres que, les habían quitado tanto, que acabaron quitándoles el miedo, el miedo a decir, “no”, no más a sus comentarios misóginos, sus silbidos en la calle, sus brechas salariales, no más femicidios. No al patriarcado que les arrancó hasta lo más básico. Habían pasado del silencio al ruido. Y no se callarían nunca más.

Pero ¿cómo iban a hacerlo? nadie las escuchaba, nadie le interesaba su lucha, pero fueron de a poco. Y aquí es cuando yo dije, wow, ya estamos en la temporada cuatro, han logrado mucho en todo el transcurso de la serie.

Pero les explico un poco cómo fueron estas temporadas. En la primera, tenemos que ir a los primeros minutos del capítulo inicial, en donde, terminando la Revolución Francesa, se instauraba la “Declaración de los derechos del hombre y de los ciudadanos”, la que hablaba exclusivamente de hombres. Esto desencadena que en los capítulos siguientes, una gran mujer reescribiera la declaración, para por primera vez escuchar los derechos de ellas.

Más adelante en la segunda temporada, las mujeres luchaban por el derecho a voto y la posibilidad de ser electas; pero no es hasta el final de esta temporada que los hombres ceden y les “permiten” hacerlo, pero con condiciones: ser blanca, mayor de 30 años, parte de la burguesía, bla, bla, bla (ah, y también podían ir a la universidad, pues también les habían quitado el derecho a la educación).

Los maltratos, abusos, violaciones y feminicidios, comienzan en la tercera temporada, dando como resultado la infame muerte de millones de mujeres, lo que va cambiando gracias a las manifestaciones y a que también había gente que las escuchaba, dispuestos a cambiar la distópica sociedad que se mostraba en la serie.

De las próximas temporadas, espero que hombres y mujeres sean iguales, mismos derechos y deberes; una sociedad donde haya equidad de género y el feminismo sea parte de esta. Que arrase como un tsunami y se lo lleve todo, porque no es un capricho, ni una exageración, ni mucho menos una moda, es

una urgencia y necesidad de las pasadas temporadas, y un llamado a alzar la voz.

Catita Novoa.



Mi padre cree que estoy muerto. Bueno, no muerto, pero sí desaparecido. No es culpa mía, verás, no puedo desobedecer al Dado. Tampoco es que el pueda salir a buscarme, pues ahora se encuentra en la cárcel, cumpliendo cadena perpetua por un crimen que no cometió: el asesinato de mi madre.

De vez en cuando recuerdo ese día. Tenía 17 años, había vuelto del colegio para verla desplomada junto a la mesa del living. La policía sacó la sospechosamente inmediata conclusión de que mi padre había sido el culpable de esta tragedia, y no demoraron más de 3 días en encerrarlo. Dijeron que la evidencia era suficiente como para hacerlo y la verdad es que por un momento les creí.

Lo único que recuperé de esa casa fue un set de 6 dados de colores. Nuestra familia era fanática de los juegos de mesa, nos juntábamos a jugar todas las noches y sigo jugando hasta el día de hoy, en especial juegos de azar.

En fin, no voy a aburrirte más con esta historia. Sólo te voy a contar lo que pasó después.

Nunca creí que mi padre fuera culpable, pero tampoco creía que fuera inocente. Siempre andaba con negocios raros; gente haciendo visitas cortas en su escritorio, cajas de cartón pesadas con su nombre en ellas, y una sensación de que nunca contaba la verdad completa de las cosas.

Me sentí perdido por una par de años hasta que fui a la universidad. Decidí estudiar Derecho, en parte porque era la única carrera que aseguraba estabilidad financiera, pero

necesitaba de alguna manera entender y acercarme al caso que me había perseguido por tantos meses.

Necesitaba conseguir cercanía y, sobre todo, respuestas. Me convertí en juez. Uno de los más respetados de la ciudad. La búsqueda de dichas respuestas tomaba tanto espacio dentro mi mente que me ablandé en lo que a mi trabajo se refería. Tenía fama de dar sentencias justas, que complacían a todos: detectives, abogados, familiares y hasta a los mismos delincuentes.

Al parecer, todo lo que decía y decidía era predecible. Siempre lo veían venir. Había algo en la actitud de los espectadores, en especial los criminales, que hacía que me hirviera la sangre: era como si supieran que merecían una sentencia mayor. Sabían exactamente lo que habían hecho y no les podría importar menos, total, "el juez iba a dar lo que convenía".

Seguramente la persona que había matado a mi madre y culpado a mi padre tenía la misma actitud mirando desde el público. Desde fuera de la ventana. Placer, satisfacción. Este sentimiento me perseguía, me ahogaba. No podía dormir, comer o incluso respirar de la rabia.

Así que, no sé como, llegué al trabajo la mañana de un Jueves cualquiera, me senté en mi escritorio y miré los dados, que se encontraban al lado de mi portalápices. Le hice caso a mis impulsos y en una nota adhesiva, anoté lo siguiente:

1. Absolución
2. Prisión (años a definir)
3. Prisión domiciliaria
4. Cadena Perpetua
5. Multa
6. Pena de muerte

Tomé el dado rojo y el naranja, la nota adhesiva, y fui al tribunal para el primer caso del día.

Se trataba de un joven que no podía tener más de 25 años. Estaba allí por manejar bajo la influencia del alcohol. El delito en sí no era para tanto, por eso me sorprendí al lanzar el dado para que mostrara el número 4: cadena perpetua.

Sentí un vacío en el fondo de mi estómago al proclamar la sentencia y un pitido agudo en mis oídos. Todo esto fue olvidado cuando vi las caras de las personas ahí. Era como si quisieran protestar pero no pudieran. Satisfacción, orgullo y algo parecido a la felicidad, probablemente euforia, fueron los sentimientos que me abordaron.

Así que seguí. Por meses. Las expresiones de la audiencia eran indescriptibles. Sentí que por fin estaba consiguiendo venganza.

Era muy entretenido,

¿Homicidio?

Multa.

¿Hurto?

Prisión domiciliaria.

¿Exceso de velocidad?

Pena de muerte.

¿Era esto moralmente correcto de alguna manera? No, y yo lo sabía.

Pero no podía parar. La sensación de estar haciendo justicia por mis padres y la sorpresa de las personas superaban cualquier culpa que pudiera sentir. Tan satisfactorio que no era suficiente.

Empecé a usar los dados en situaciones de la vida cotidiana, lanzando el dado amarillo. Y el verde. Y el azul. Básicamente, todos, no te voy a mentir.

El negro era mi favorito. Ese lo usaba muy de vez en cuando, cuando ni la cerveza ni el whisky podían sacarme el aburrimiento.

Las opciones eran... cuestionables. Cuestionables para cualquier persona, pero le daba cierta emoción al asunto.

No creo que sea necesario decir cuáles eran sus contenidos.

Fascinado con mi nueva rutina, fui al trabajo. Mi jefe me estaba esperando dentro de mi oficina. Me dijo que mis prácticas eran totalmente inaceptables. No sé cómo llegó a enterarse de los dados, o si sólo sabía de dar sentencias completamente incoherentes con las situaciones.

En fin, me dijo que tomara mis cosas y que me fuera. Me había despedido.

Estaba furioso. Yo no era el culpable de esto, los criminales lo eran. Yo simplemente hice mi trabajo. Pensé en esto durante todo el camino a mi casa y cuando llegué era tal la rabia, que no era muy consciente de lo que hacía.

Unos momentos después de romper vasos y tomar cantidades significantes de alcohol, miré hacia la mesa del living, que tenía una caja con el dado negro dentro de esta.

Lo lancé y salió un número que nunca había aparecido antes: el 5. En ese número no había una acción en específico, sólo decía "pasaporte".

Nadie a simple vista pudo haber entendido lo que esto significaba, pero yo sí sabía: era empezar otra vida, irme y no volver.

Me quedé mirando el pequeño cubo de plástico por al menos media hora. Consideré no hacerlo, pero sentí que cosas horribles podían pasar si no obedecía. El dado tenía poder sobre mí.

Así que tomé un pedazo de papel y le escribí una carta a mi padre. No era muy larga, pero decía lo que tenía que decir. Una despedida, tal vez para siempre.

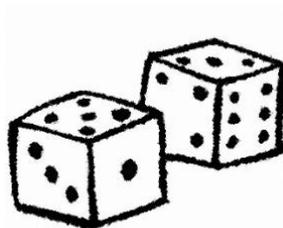
Metí mi ropa en un bolso y saqué algunos libros de mi estante, pasé por la cárcel y dejé la carta. Sólo Dios sabe cuándo la va a recibir. Conociendo el sistema penitenciario, nunca se sabe. Fui a la estación de trenes y compré un pasaje, sólo de ida.

Me desvanecí. Estoy seguro de que nunca más se volvió a escuchar de mi. Así me gusta.

En cuanto a mi ubicación, por motivos de mi propia seguridad, no te lo revelaré. Pero sí te diré que compré un nuevo set de dados, quién sabe dónde me llevarán esos.

Sí, estoy contento. Le jugué la suerte al destino de cada una de esas personas y no podría sentirme menos culpable.

Justo como me lo habían hecho a mi.
Y ahora, yo y mi familia tendremos la justicia que por tanto tiempo hemos anhelado.



Anónimo

La Santa

Eran pasadas las 2 AM cuando llegó a su casa, tambaleándose por el exceso de alcohol en su sangre. No tenía sus sentidos muy despiertos y además, estaba completamente oscuro. Las luces de la calle que se colaban entre las gruesas cortinas de su living, dejaban ver algunos muebles. Recorrió la habitación con sus ojos y se encontró a la Santa durmiendo -su gata-, que tenía hace más de dos años ya. Se acercó a hacerle cariño y sin siquiera moverse continuó durmiendo tranquila justo al lado del sillón rojo; no era muy común que se acostara ahí, nunca se acostaba ahí. Generalmente, dormía en la pequeña cama que tenía para ella en su habitación.

Siguió caminando, tropezando en la oscuridad hasta su pieza, donde cerró la puerta y se abalanzó a la cama. El cansancio de un largo día, mezclado con incontables copas de vino, provocaron un inmediato sueño. No tomó más de 10 minutos en quedarse dormido: era la primera vez que podía descansar después de una intensa semana de trabajo. Más o menos una hora después, en medio de un profundo sueño, se despertó con un sonido, un sonido que se repetía y venía de su puerta. Debía ser la Santa, que desde afuera rasguñaba la puerta para poder entrar. El sueño era tanto que decidió ignorarla, no iba a levantarse y despertarse solo a abrirle la puerta. Nuevamente, no le tomó mucho tiempo quedarse dormido.

No pasaron ni dos horas antes de que el constante rasguño en la puerta de su habitación lo despertara de nuevo.

Le dieron ganas de matar a la Santa, era su momento de descanso. Enojado pero con un ligero sentimiento de culpa, decidió ignorarla. Pero, exactamente media hora después no pudo soportarlo más, el rasguño en su puerta llevaba 10 minutos sin parar, así que decidió levantarse y dejarla entrar de una vez por todas. Aún mareado por el vino caminó con los ojos medio cerrados para no despertarse por completo, llegó a la puerta y sin ni siquiera mirarla la abrió y volvió rápidamente a su cama para reanudar su sueño.

Esas horas que le quedaban fueron buenas y sin interrupciones; sin embargo, al día siguiente se dio cuenta de que no había soñado nada y si lo había hecho, no se acordaba. Esto era poco común, ya que siempre recordaba sus sueños. Ya era de mañana cuando vio desde su cama la puerta de la pieza abierta, pero se sorprendió al no ver a la Santa en su lugar usual, así que con una sensación de que algo estaba mal, se levantó a buscarla.

Todo era confuso mientras caminaba por la casa, estaba aún despertando, estaba mareado y su cabeza palpitaba por la desagradable resaca. Se acercó al living por los ya más iluminados pasillos.

Quedó pálido y su corazón pareció dejar de latir al ver a la Santa tesa en el exacto mismo lugar y en la misma posición

donde la había visto la noche anterior llegando a casa. Estaba muerta. Y eso no era lo más inquietante, al llevarla al veterinario para revisar la causa de su muerte, se confirmó su corazonada, se confirmó lo que él de alguna forma ya sabía: su gata llevaba muerta más de 24 horas en ese exacto mismo lugar.



Asunción Bilbao

Al igual que cualquier otra persona, nuestro protagonista tenía un pasatiempo, uno que era demasiado incorrecto como para no denunciarlo al enterarse de él. No importaba si el receptor compartía su gusto por provocar aquellas sensaciones, era lo obvio. Y si aquello era lo obvio, como poseedor del secreto, para él lo aún más obvio era negar o mentir cuando alguien le preguntara cómo pasaba su tiempo libre, con la excusa de ser demasiado aburrido.

Todos los viernes a las 6 y media de la tarde, el protagonista se encontraba más impaciente que nunca, cuando quedaba media hora para salir de la oficina y solo se escuchaba el ruido del teclado que producían los dedos de sus compañeros de trabajo. Ruido que se mezclaba con sus voces hablando de qué harían después. Un par iría al gimnasio, otros llevarían a sus parejas a un lugar de buena comida o a ver la película dramática de moda y el resto, tomaría algo en el bar que quedaba 2 cuadras más arriba de la oficina y luego a casa a descansar. Él suspiraba ansioso.

Cuando dieron las 7, ágilmente guardó sus cosas para dar inicio a su ritual. Al ser hora punta dificultaba hacer una elección, pues estaba lleno de hombres agotados y sudados como él, mientras que las mujeres tenían una postura demasiado intimidante para serles útil. Hasta que pasadas 2 estaciones, entró: era joven, definitivamente tenía 17 ó 18. No era bonita, tampoco fea, no sobresalía de ninguna manera

física. Pero ocupaba audífonos, no lo notaría hasta que estuviera sola.

Ya mentalizado, este protagonista esperó 3 estaciones más para que el objetivo se bajara. La siguió a una distancia prudente, subiendo las escaleras que llevaban al exterior. Avanzaron por un par de cuadras y doblaron en una callecita, él sabía muy bien cómo mantenerse a la distancia justa y correcta. En eso, vio su oportunidad de hacer su presencia evidente, caminando más rápido y con pasos pesados, mirándola fijamente.

Ella, que se sintió observada, se sacó un audífono y giró la cabeza solo un poco para alcanzar a mirar. Al verlo, todo su cuerpo se puso tenso y aunque se prometió a sí misma que no pasaría nada, no pudo evitar cruzar al otro lado de la calle.

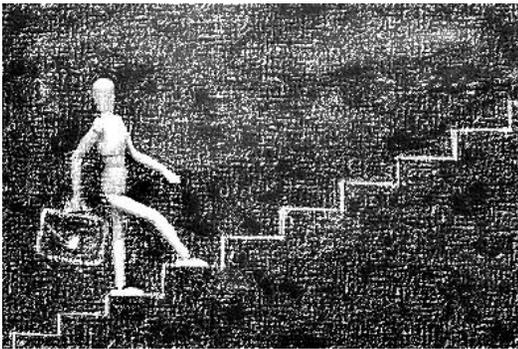
Él, entendiendo que nunca podría resistirse a perseguir mujeres, ya que la emoción era la misma, cruzó a la vereda paralela detrás de ella. Podía notar como los segundos se convertían en minutos en la cabeza de la víctima, se congelaba de miedo y debía reunir toda su voluntad para mover sus piernas y caminar más rápido, ya que sin importar que cruzara la calle o doblará de aquí para allá, el extraño seguiría ahí detrás.

El corazón del hombre al que llamamos protagonista latía con emoción, feliz ya que ella se había asustado rápido y lo notaba en su respiración agitada, que contrastaba con la euforia de él.

El solo saber que a una joven se le anudaba la garganta era suficiente argumento para declarar que causar tal miedo al perseguirlas sin intenciones que fueran más allá.

Ningún otro pasatiempo lo haría sentir más animado, seguro, fuerte o incluso, poderoso.

s. i.





Día 64, intento 89

Mis padres siempre me han dicho que soy muy testaruda, llevé 89 intentos en mi proyecto de Química. Mis compañeros de colegio se burlan de mí porque creen que es una estupidez lo que estoy haciendo; pero mi abuelo siempre me decía que yo lograría todo lo que me propusiera, así que no dejo que nada ni nadie me detenga. Nunca he sido muy social, siempre me enfoco en mis responsabilidades y familia. Tengo siempre las calificaciones más altas, sobre todo en Química, me gusta crear y probar cosas nuevas.

Día 65, intento 90,

Regresé a las 4 de la tarde a mi casa, entré a la cocina a buscar algo para comer, pero tenía poco tiempo, así que agarré un pedazo de pan, un vaso y lo llené de leche. Me fui para mi pieza, ordené mis cosas, prendí la luz, me puse mis guantes e inicié con mi intento número 90.

Eran las ocho de la noche cuando mi mamá entró a mi pieza: -¿Quieres algo de comer? No has salido de tu cuarto en toda la tarde.

-No mamá, estoy ocupada.

-Estás muy flaca, debes parar un poco con tu invento, no resultará.

Solté el lápiz, me di vuelta y la miré. En sus facciones se podía ver mi enojo, pero también mi tristeza.

-Fuera.

-No te enojés hija, soy tu mamá y no te quiero ver sufrir cuando te des cuenta de que no funcionará. A mí también me da tristeza toda esta situación pero...

-Fuera.

A mi madre le cae una lágrima que atraviesa por su mejilla y llega lentamente al suelo. Cierra la puerta y se escuchan sus pasos que se van alejando. Me agaché para tomar el lápiz y seguir escribiendo, pero no podía concentrarme: me había dolido lo que mi madre me había dicho, pero al final las únicas personas que me motivan a seguir en esto soy yo y él.

Separé las tres mezclas y las puse en un recipiente distinto. Tengo que esperar 12 horas, así que mañana seguiré con mi creación.

Día 66, intento 91,

Llegué temprano a mi casa, a penas me dio el tiempo de comer. Entré a mi pieza y vi que las mezclas que había dejado la noche anterior estaban en un estado perfecto para que resultara. Las junté todas en un solo recipiente y empezó a burbujear cada vez más; el vaso temblaba, hasta que dejó de hacerlo. Lo tomé y me di cuenta de que estaba caliente, me quemé toda la mano, pero no lo solté ¿tantos intentos para desperdiciar este momento porque me quemaba? La respuesta es no, así que dejé el vaso lentamente en la mesa. Mi mano me dolía mucho pero no me detuve. Mientras se enfriaba, me quedé dormida

Día 67, intento 91,

Me desperté de golpe con el hedor que provenía de afuera, tenía que apresurarme. Revisé mi celular, eran las 6:02 de la mañana. Salí de mi cuarto con el recipiente y me dirigí al patio en busca de mi abuelo. Estaba dormido e inmóvil; lo sacudí para despertarlo.

-Abuelo, despierta, ya está listo y quiero mostrarle a todos los de mi escuela que el proyecto funciona. Despierta abuelo, no hay tiempo, quiero ir al colegio cuanto antes ¡despierta!

Él permanece quieto, frío, no mueve ninguna extremidad, pero sí respiraba.

-Abuelo por favor, mostrémosle al mundo que se equivoca, demostremos a todos que soy la mejor química del planeta.

Mi abuelo por fin logra mover su mano huesuda, abrir los ojos lentamente mirando a su alrededor, tratando de entender dónde estaba, tratando de mover su boca.

Mi creación había dado logros, mis ojos brillaban, sentí una luz en mi pecho, una felicidad indescriptible: lo había logrado.

Mi fórmula química había logrado despertar al cadáver.

Trinidad



Son las 7:30 de la mañana y como todos los días me levanto, me ducho y me siento en mi escritorio para las clases online. No era extraño que la única persona con la cámara prendida fuera la profesora y eso me gustaba, pues podía ver lo que había detrás de ella: su casa parecía tan acogedora, que te daban ganas de traspasar la pantalla. Como claramente no podía, me limitaba a mirar el metro cuadrado y medio que veía por la pantalla del computador.

Siempre me fijaba en una rama de árbol con forma de mano que había tras ella en su jardín... se veía tan real, que me llegaba a dar miedo. Luego me acordaba de lo ridículo que era asustarse con una rama de árbol... o sea, obviamente, *era una rama*, se notaba porque solo se movía cuando había viento, pero no podía dejar de mirarla.

Y así, cada vez que tenía clases con esta profesora, solo podía concentrarme en mirar la rama y con el paso de los días, recordé una historia que me contaban mis papás de niño, sobre cómo la naturaleza podía transformarse y ser muy peligrosa cuando se enojaba contigo. Claramente, era solo un cuento para que los niños no sacaran o rompieran las plantas del jardín... ¿no puede ser verdad, cierto? Así como no puede ser real que una rama de árbol sea una mano... y trato de concentrarme nuevamente en la profesora que ahora se despide.

Pasaban los días y seguía con mi rutina, tratando de enfocarme en las clases sin éxito, pues buscar la ventana del fondo era inevitable. Pero hoy faltaba algo.

Algo no estaba como siempre.

Finalmente lo noté.

La rama con forma de mano no estaba. Estuve toda la clase preguntándome qué había pasado, tratando de dilucidar si yo había imaginado todo... estaba tan desesperado por saber qué había pasado, que no me aguanté y le pregunté a la profesora por qué ya no se veía el árbol que antes se asomaba en su ventana... me contestó diciendo que

su hija había estado jugando en el patio y al colgarse de la rama, la había roto.

Al día siguiente el colegio nos canceló las clases con esa profesora, ya que su hija había sido reportada como desaparecida

Anónimo 2



Cuento del niño

¿Quieres sostener a la guagua?, dice mi tía con esa voz impostada que está 4 decibeles más arriba de su voz normal. ¡No! me dije a mí mismo inmediatamente, pero ¿quería?

Siempre le he tenido cierto rechazo al hijo de mi tía; no sé por qué una guagua tiene la capacidad de perturbar el ambiente de tal manera, que todos los adultos enmudecen viéndola.

Literalmente es un humano recién nacido, no tiene mérito alguno y demanda tiempo excesivo en la vida de todos ¿aún así es digno de admiración?

Me parece repulsivo ver cómo los adultos se rebajan a hacer esos mimos penosos. Me gustaría ser como mi papá, a él no le importa esa guagua, aunque algunas veces la presión social le gane y se vea en la obligación de hacerle alguna gracia.

Mi tía es muy aprensiva, ese es el problema. Es un poco triste la verdad, el rechazo que siento hacia su hijo es su culpa, pues me pidió, muy amablemente, que apagara la tele porque su niño -el que hace una hora atrás dormía en profundo silencio- se podía despertar.

Es insólito que hablemos de la criatura todo el día y aunque duerma, encuentre la manera de seguir presente. Me he quejado, le he dicho a mi mamá que era injusto y que me molestaba.

- Pero.. es un niño chico-, responde siempre.

Que estupidez más grande, yo también soy chico y no tengo por qué aguantarlo, porque no es mi problema. No debería ser problema de nadie más que de mi tía.

Pero eso pasa con las guaguas al final. Te las imponen, las ponen en el centro del grupo en su silla portátil, en medio de toda conversación, resaltando sus logros insignificantes. Es tema de toda reunión familiar, como si lo más dichoso del mundo fuera sostener al parásito en brazos, y en este minuto me lo están ofreciendo a mí... entonces ¿lo quería cargar?

Miré a mi alrededor; había algunos vagamente interesados. Pero mi tía, mamá y abuela estaban expectantes a la positiva que di.

Me quería negar más que nada en el mundo, iba a dejar en claro que su hijo no suponía el centro del universo para todos, e incluso se podía considerar una molestia para algunos. Porque no podía ser yo la única con ganas de borrar ese tono dulce en la voz de todos, ese cinismo escondido.

Pero dije que sí. Fue como instintivo, me llegó a sorprender. Antes de poder siquiera asimilar a lo que había accedido, ya me estaban acomodando al niño entre las manos.

Está asquerosamente caliente y un poco sudoroso, cálido, pero para nada agradable. Como cuando estás en un auto con mucha gente y las ventanas se empañan.

Siento cómo su olor meloso se impregna en mi piel y me genera náuseas pensar en cómo se alimenta, babea y engulle como un animalito.

He escuchado que las guaguas tienen reflujo; son vómitos repentinos.

Como si no fuera tan malo, te podría vomitar encima.

Si eso pasa lo dejó caer, subo las manos y me pongo de pie.

Nunca había pensado en qué pasaría si se cae, cómo reaccionarían todos.

Me muevo un poco para que el cuerpo del engendro se deslice hasta la punta de mis rodillas, veo si alguien se percata de lo que estoy haciendo y la única persona que mira es mi abuelo.

Sus ojos se clavaron en mí y el serpenteo que hacía.

Él sabía lo que estaba haciendo: trataba de tirar a su nieto, al recién nacido. Pero por qué no me detenía...

Porque tampoco nadie te mira abuelo, sabes que pese a tu edad ya no te toman en cuenta y aunque hayas compartido momentos felices y participado de situaciones irremplazables, ya de nada sirve. Porque también estás siendo reemplazado por este pequeño desconocido.



Taco de ojo

Una muerte siempre es dolorosa, pero más lo es la muerte de un ser querido, sobre todo de un hijo. Existe una unión potente, imposible de romper entre un padre y un hijo; claramente existían algunas excepciones, pero los Lee eran dedicados. Susan y Peter eran preocupados y cariñosos con su único hijo adoptado, debido a que la señora Lee resultó ser infértil.

Los Lee amaban a su pequeño niño y cuando por imprevistos de la vida el pequeño murió sin darles tiempo de hacer algo al respecto, la impotencia y la pena tomaron el lugar de todo ese amor que le tenían al pequeño niño, convirtiéndolos en una pareja disfuncional y con una leve psicopatía, en lugar de aquella que desprendía felicidad.

Una tarde, la señora Lee aceptó la oferta de una de sus vecinas de ir a tomar el té a su casa. En una de sus conversaciones salió el tema de la existencia de un anciano, el cual trabajaba con muñecos “*especiales*” como los había llamado. Pensó en los rumores sobre la sanidad mental de aquella vecina, pero la mujer le aseguraba que era cierto, dándole incluso la dirección del lugar escrita en una servilleta, para que lo visitara y viera con sus propios ojos los milagros que hacía el anciano.

Peter Lee era un hombre escéptico pero sabía que nada bueno saldría de alguien que jugaba a ser dios, le dijo a su mujer, se lo repitió un millón de veces, pero ella estaba

decidida, devastada y necesitaba conectar con una parte de su hijo; sus ojos eran capaces de reflejar cada una de las emociones que la tenían al borde de la depresión y como el hombre enamorado que era, se ofreció a pagar lo que fuera necesario solo para ver a su mujer sonreír otra vez, aunque fuera solo por un simple muñeco.

Al momento de llegar a la dirección, se encontraron con el anciano: enfrente de ellos solo estaba un hombre de 70 años que nunca trató de manipularlos para que se quedaran con el muñeco, solo les pidió la prenda y un mechón de pelo del niño. La señora Lee entregó parte del primer corte de pelo de su difunto hijo, que había decidido guardar como recuerdo. El anciano les dijo que volvieran en una semana, tiempo suficiente para crear al muñeco.

Una semana el muñeco estaba listo.

- “*No le tengas miedo*” dijo el anciano entregando el muñeco a la mujer, guardado en una caja. Estaban en el sótano, porque así lo había indicado el anciano dando la excusa de que se sentiría mas personal, pero para el señor Lee, lo hacía todo más lúgubre e incómodo.

- “*Puedes abrir la caja, no lo vayas a dejar caer*”

Peter, retuvo a su mujer:

- “*Vamos, Susan, esto es una tontería*”. Él miraba desde una distancia prudente cómo su mujer abría la caja, para sacar al muñeco que intentaba ser una réplica exacta de su difunto hijo.

No había nada maligno en el muñeco, pero tampoco le daba un buen presentimiento.

-“Toma al muñeco por favor, dime lo que piensas. Me lo puedo llevar si gustas, es tu decisión”.

Entonces Susan tomó al muñeco y sonrió llena de alegría; lo abrazó con la misma dedicación que le daba a su hijo y lo meció con dulzura. Sus ojos desbordantes de angustia había desaparecido.

Curioso por el estado de su mujer, el señor Lee miró al anciano con un ceja levantada y el mismo presentimiento del inicio que solo aumentaba a medida que seguían en ese tétrico lugar.

-“Esto es una mala idea, una idea muy tonta, es solo un muñeco”. Se acercó para quitárselo de los brazos y devolverlo a la caja de su origen, pero apenas lo tocó, el muñeco inerte e inanimado pasaba ser un pequeño niño con ojos grandes y risueños, con labios finos y rosados que soltaban la palabra ‘papá’ con suavidad.

Era una imagen surrealista, ese no era su hijo, pero era exactamente lo que había presenciado. Lo soltó de inmediato, casi dejándolo caer, pero el anciano se adelantó y lo sujetó antes de que se rompiera en miles de pedazos.

-“Te dije que no lo dejaras caer”.

La señora lee extasiada y ciega por aquel milagro, le pagó el dinero que el anciano había exigido y tomó al muñeco de vuelta en sus brazos.

-“Lo cuidaré muy bien”.

El anciano se acercó a Peter Lee con expresión de preocupación; después de todo no era el primer muñeco que hacía y sabía los riesgos a los que los clientes se podían enfrentar.

-“Debemos hablar, vamos afuera, te hablaré sobre las condiciones que tienes que tener en cuenta sobre el cuidado del muñeco”, susurró para que la señora Lee no escuchara. Peter asintió siguiéndolo: observó por última vez a su mujer que le hablaba al muñeco luciendo como una completa loca, pero también como una mujer que por primera vez después de meses, sonreía de nuevo.

-“Supongo que deben haber bastantes condiciones para tener este muñeco”, dijo el señor Lee con el ceño fruncido y algo molesto por haberse permitido comprar aquella cosa.

-“No realmente, solo debes prometer que en la noche lo encerrarán en la caja, ya que el muñeco es solo eso, un muñeco. Es bueno que lo recuerdes, si no traerá consecuencias a tu relación con esta bella mujer que pueden ser difíciles de manejar, no quiero decir que el muñeco les haga algo; estoy hablando de que tu mujer pueda generar una especie de dependencia a él, si no le recuerdas que ese muñeco no es su hijo. Estarán bien, si haces lo que te digo, de lo contrario tu mujer puede comenzar a alucinar al punto de creer que el muñeco realmente es su hijo y que este jamás murió”. Al terminar, sonrió de una forma peculiar, espeluznante.

-“Pero se nota que amas a tu mujer y harás lo humanamente posible por su bien ¿no es así?”.

-“Sin duda”, respondió el señor Lee inmediatamente.
-“Otra cosa que debes saber, es que la ilusión del muñeco solo funciona dentro de la casa, no pueden sacarlo, cuidado con eso. Se ve que tu mujer es sensible y algo así podría destrozarla”

Peter Lee hubiese deseado con toda su alma que las cosas hubiesen salido bien y tal como lo había planeado, guardar el muñeco por las noches y sacarlo cuando su mujer estuviera triste y nada más.

El anciano le había advertido sobre todo lo importante y él sentía que tenía todo bajo control, al menos hasta la tercera semana, cuando su mujer se negó a guardar el muñeco y él se negó a ver a su mujer triste otra vez.

Dejó que pasaran los días al darse cuenta de que nada malo ocurría, conviviendo con el muñeco como si fuera su hijo y solo deteniéndose a analizar la situación una vez que su mujer comenzó a confundir lo real con la fantasía.

Cierto día, Susan estaba en la cocina dándole de comer al muñeco; tenía la ropa sucia al punto de parecer una vagabunda y no la mujer refinada que solía ser. La cocina estaba llena de platos apilados y el señor Lee, que trabajaba la jornada completa y no tenía tiempo de ordenar la casa, veía cómo su mujer no solo había dejado de preocuparse de todo lo que no fuera el muñeco. Incluso había renunciado a su trabajo.

-“Susan, tenemos que seguir, la vida sigue” tomó asiento mirando a su mujer seriamente. -“Te lo dije en el funeral y te lo vuelvo a repetir, no importa lo que suceda, te amo y sé que tú a mi, pero nos necesitamos para superar esto. Deja en paz a ese muñeco, por el amor de dios Susan, no es nuestro hijo ¿no lo ves?

La mujer escuchó atenta pero en ningún momento soltó al muñeco.

-“Voy a sacar esta maldita cosa de la casa”. Susan no quería soltarlo, por lo que el señor Lee tuvo que tomarla del brazo y llevarla a la puerta que llevaba al patio delantero de la casa; solo así su mujer volvería en sí, reaccionaría por fin y se daría cuenta de que nada había sido real.

Forcejearon con el muñeco entremedio, Susan lloriqueaba y él también lo hacía, todo era un desastre y cuando cruzaron la puerta y la fría brisa de la tarde de otoño acarició el rostro de Peter, a la vez la realidad lo golpeó con brutalidad.

El muñeco cayó al suelo justo como esperaba, pero a su vez, junto a él también cayó la muñeca de Susan, alguien que él había creído real todo ese tiempo.

Su mente se despejó por un momento y el recuerdo volvió a su mente: la misma situación, solo que había ocurrido ya hace años. Él tratando de quitarle el muñeco a su mujer y logrando su cometido. Recordó también cómo, una semana

después de aquello, su mujer sin poder soportarlo, se había suicidado, dejando un vacío para toda la vida.

Él también había tratado de llenarlo con aquella muñeca, que ahora sí, había perdido para siempre.

Petit theory



Pobre Pedro

<<Tengo 49 años, ya no sé si sentirme viejo o joven aún... mañana cumpla 50. Me he amargado con el tiempo, no le encuentro mucho sentido a esta vida tan rutinaria. Tampoco tengo hijos, mi mujer se murió repentinamente hace 25 años, justo el día de su cumpleaños. Una desgracia. Aún no logro entender qué pasó, eso me perturba, ronda en mi cabeza 24/7>>.

<<Ella decía que lo mejor que tenía la vida era la lectura y conocimiento de uno mismo, decía que al leer te ves reflejado. Nunca comprendí a qué se refería; tampoco es que ella leyera mucho... yo no le encuentro la gracia. Mariana era simple y disfrutaba de lo simple, siempre caminaba por todas partes, de acá para allá. Le gustaba ver la naturaleza, tomar algún helado por la costanera mientras veía a la gente pasar... pero realmente lo que más le gustaba, sin dudas, era vitrinear en los anticuarios. Siempre se llevaba alguna cosa que le llamara la atención, ya casi no compraba en tiendas comunes. Estoy casi seguro de que recorrió todos o casi todos los anticuarios de San Wonderman, mi pueblo, aunque no han de haber más de dos o tres, ahora que lo pienso. No es un lugar muy habitado ni tampoco turístico, mucho menos un pueblo de grandes dimensiones>>.

<<¡Pero ya! Deberías dejar de hablarte a ti mismo en el espejo, no son dos personas manteniendo una conversación, solo eres tú y tu reflejo. 49 años... no me lo creo>>

Pedro salió del baño envuelto en vapor, recogió unas ropas que estaban en el suelo, quizás hace días, las olió y se las puso

sin pensarlo dos veces. Saliendo del departamento se compró unos burritos para saciar el hambre.

<<Mmmmm, el especial del día siempre me sorprende, una delicia>>.

Como era costumbre, Pedro solía ir a la plaza central con Mariana para contemplar a los niños jugar, ya que les daba ternura; ellos solo querían ver a sus hijos crecer en esos juegos. A Mariana le gustaba esa plaza ya que además el lugar se situaba justo en frente de su anticuario favorito “Pobre Pedro”. En conmemoración a ella, Pedro seguía manteniendo la “tradición” de ir por las tardes a la plaza, para así sentirla cerca. Eso sí con una pequeña diferencia de horario: ya no paseaba por ahí a las 4pm sino que a las 9pm. No le gustaba ver a los niños corriendo, pues le recordaban a su hija... o bueno, casi... Mariana estaba embarazada cuando ocurrió el accidente, por lo que también la perdió.

<<Ahhh... siempre vació este lugar. ¡21:43!, qué agradable... clima perfecto, lugar perfecto, comida perfecta y hora perfecta, nada mejor>>.

Pedro se dirigía a su banco de siempre; nadie le quitaba su lugar. En frente un cartel de luces donde se leía escrito con claridad “Pobre Pedro”.

<<Realmente me perturba leer eso, ¿no pudo escoger un nombre más anticuado para su tienda?>>

<<Aún no entiendo por qué Marita estaba tan obsesionada con ese lugar, parecía hechizada por él... la extraño tanto. Mmm bueno, veremos qué tiene de asombroso este pequeño local, a ver si comprendo su extraño pasatiempo>>

¡¡Dling Dling!!

Suena la campanita al abrir la puerta.

<<Wow, realmente un montón de porquerías, todo desordenado y desaliñado. Una patada fuerte y se viene abajo... qué señor más flojo el que administra este lugar>>

--- ¡Hola!

...

--- ¡¡¡Holaaaa!!!

...

--- ¿Hola?--- insiste Pedro al introducirse mediante la tienda -
-- ¡Ay por Dios!, Apuesto que el señor ya murió dentro de este sucucho apestoso ¿84 años tendrá? Debe ser por eso que siempre está abierto, nunca apagan las luces--- murmura sin cuidado.

<<Definitivamente ahora que lo pienso nunca he visto que apaguen el cartel, ni lo he visto cerrado>>

Harto de esperar decidió retirarse, dando media vuelta hacia la salida.

---¡Pedro! pero qué gusto verlo a usted por aquí, por fin ha decidido echarle un vistazo a esta preciosidad ¿Necesita algo?

Le habla una chica en frente suyo a la hora en que decide dar media vuelta. Una muchacha joven, debe tener entre unos 20 a 30 años, no más que eso. Delgada, y claramente embarazada.

<<DIOS MÍO casi muero de un susto>>

---Disculpe, llamé varias veces pero nadie contestaba, dónde estaba usted--- reclama Pedro.

---Aquí en la tienda, debe ser paciente.

---¿Cómo sabe mi nombre?--- preguntó sorprendido ---yo no la conozco.

---Ay Pedro claro que sí, ¿o ya no me reconoce? Crecí en esta tienda, usted pasa toda la tarde sentado en esa banca. Lo veo siempre en el mismo lugar, por lo menos los 25 años que llevo viva. Mi madre era la dueña anterior de este local; ella murió hace mucho tiempo por lo que yo me quedé a cargo, eran muy cercanas con Mariana, hablaban mucho de usted, por lo que me contó.

---No, definitivamente no sabía de ustedes, nunca había entrado por aquí.

---Bueno como diga, usted es muy amigo de mi marido Pedro, casualmente el mismo nombre ¿Está usted bien? Estoy esperando a una pequeña niña, ¿no se acuerda? creo que moriría si algo le sucede.

---No tengo un amigo llamado Pedro, creo que se confundió. Y me siento de maravilla--- dio un gran suspiro y prosiguió, ignorando la situación--- Bueno yendo al grano, solo quería sentirme cerca de Marita, por lo que entré a echar un vistazo ya que ella siempre rondaba por aquí ¿no tendrá algo que me haga sentirme conectado?

---Pero claro que sí, aquí se puede encontrar de todo, y agradezca que usted es el famoso Pedro, ya que a los intrusos que nos maldicen se les castiga--- hubo una pausa de silencio

sepulcral que hizo sentir a Pedro un aire más pesado --- ¡Ay, es broma! Jajajaj hubiese visto la cara que puso, claro que estoy bromeando.

Pedro sonrió incómodo.

Unos minutos después la chica dejó encima del mesón un pequeño libro que sacó de una estantería.

<<Los libros tienen la misma portada roja, sin textos, pero de distintos grosores, cómo sabrá cuál es cuál>>.

---Este es, ha llegado su hora de irse, le encantará lo presiento. Sin duda este libro quedará plasmado en usted , si es que no es en él jajajaj...no me mire así.

Pedro ya realmente incómodo con el aire del ambiente y un poco mareado, decidió salir de ahí lo antes posible, por lo que sacó su billetera del bolsillo para pagar esa...

<<Porquería>>

---Cuánto es--- dice muy serio.

---Ohhh ¡no,no! es un regalo de visita, por fin ha decidido entrar aquí, sería de mal gusto cobrarle. Además en unas horas es su cumpleaños... 50 años, Pedro, el tiempo se le va acabando--- le comenta Lucía con una gran sonrisa mientras lo mira directo a los ojos.

---Como diga, muchas gracias. Ya veremos si efectivamente esto me hace llegar a ella--- responde saliendo de la tienda

---No se preocupe. Lo hará.

¡Dling! Dling!

Nuevamente el sonido de la campanita al abrir la puerta.

<<Qué mujer más extraña, me recuerda a alguien, pero no sé a quién. Como si la conociera pero nunca antes la había visto>>.

Pedro se sienta en su banca e inspecciona el libro. 11:00 pm, solo una hora para su cumpleaños 50.

<<Vaya qué extraño, muy corto el libro, solo 50 páginas>>.

Su lectura y el tiempo avanzan al unísono, como tomados de la mano. Mientras se introduce cada vez más, le sorprende lo genial del libro y lo mucho que le recordaba a su vida, como si cada página estuviera especialmente dedicada a sus años.

<<Ay Mariana, lo que hago por ti, quiero sentirte conmigo>>.

Ya solo le quedaba una página y un minuto para su cumpleaños, debía terminar pronto para dirigirse a su casa. Ya era tarde.

Así como si estuviera escrito por el destino, Pedro dio vuelta la página del libro, a la última, la número 50. Se sorprende al ver que estaba en blanco y que en una esquina se leía débilmente la frase "*Ha llegado su hora de irse, le encantará lo presiento. Sin duda este libro quedará plasmado en usted, si es que no es en él.*".

Pedro mira al frente buscando una respuesta, pero solo consigue cruzar la mirada con Lucía que le sonríe desde la ventana, mientras lee de sus labios la frase "Feliz cumpleaños". Al mismo tiempo marcan las 12.

<<Pero qué caraj...>>

Acto seguido en ese asiento solo quedó un libro de portada roja, 50 páginas, y ningún lector.

12:01

---Pobre Pedro--- Dice Lucía apagando las luces del cartel situadas fuera del anticuario, cerrándolo por completo.—

Gracia González

DESPELIDA



Para darle fin a esta revista, queremos primero que nada, agradecerle a la Miss Pri por acompañarnos este año, ser comprensiva con nuestros atrasos, amorosa con nuestros temas personales, creativa con nuestras ideas y siempre fomentar la imaginación y la libertad de expresión, ayudándonos a mejorar nuestras habilidades de escritura y creación.

A principio de año, todas pensábamos que sería un simple electivo de Lenguaje, pero terminó siendo un espacio donde fuimos desafiadas a ser originales y donde también pudimos descansar un poco de la carga académica del día a día. Pudimos ver distintas expresiones de la literatura, leer a variados autores y géneros y también, ver distintas facetas de nuestras compañeras.

Salimos de este año muy felices, sabiendo escribir mejor y habiendo tenido una experiencia muy grata.

Agradecemos la oportunidad de este electivo y ahora, a todos los lectores.

Muchas gracias <3